

sábado

suplemento 145
de unomásuno
director general:
manuel becerra acosta
director:
fernando benitez
sábado 18
de agosto de 1980

Lo que es el exilio para
Julio Cortázar

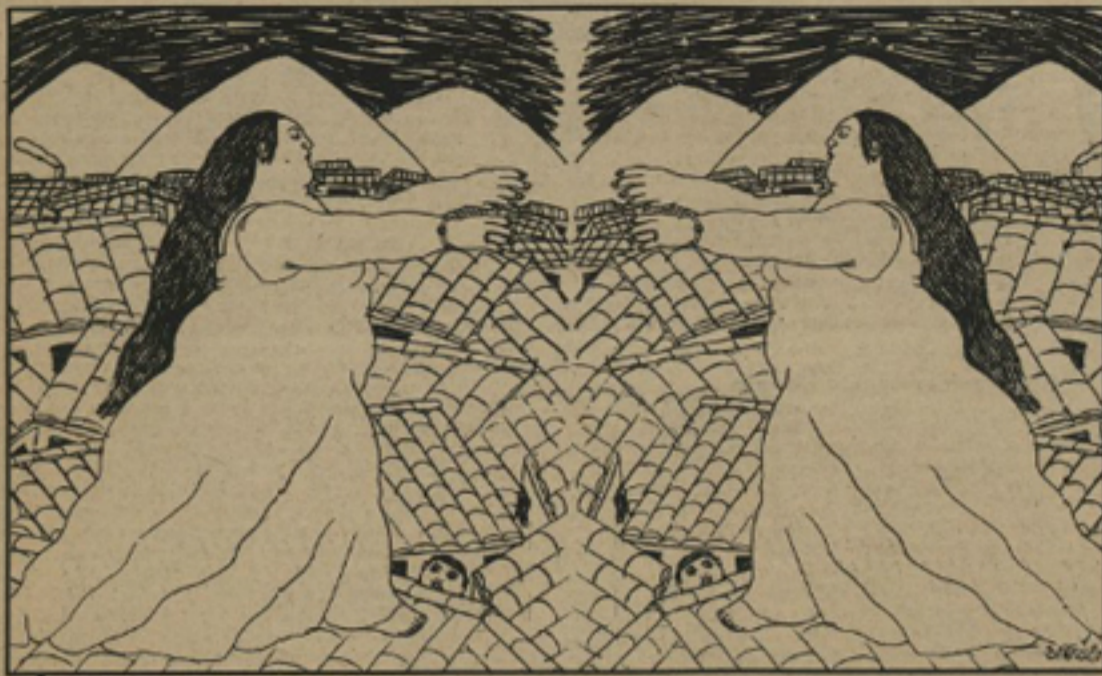


JULIO TORRI • ARIEL DORFMAN • VINICIUS DE MORAES
JOSE GAOS • FERNANDO BOTERO
FERNANDO SAVATER • RICAUURTE SOLER

Teatro • Cine • Música • Libros

Julio Cortázar: El exilio

Entrevista de Guillermo Schavelzon (II)



De los cuatro temas específicos en que fue dividida esta conversación, este de *El exilio* adquiere especial significación. Aquí Cortázar se expresa sobre su posición personal frente al problema y a la realidad del exilio, y también presenta propuestas concretas, dentro de su concepción de lo que debería ser la actitud de los exiliados sudamericanos.

1. "Más que un tema, es una situación vital".

GS: — ¿Cuál es tu opinión sobre la experiencia del exilio, la situación de vivir fuera del propio país, la imposibilidad de regresar, el compromiso que la misma situación exige?

JC: — Sí, desde luego éste me parece un tema capital, para tantos sudamericanos que en este momento sufren la misma situación. Todos los países del Cono Sur están en esa situación, y también algunos otros, que están bastante más al Norte, y bastante más al Este, y donde también el exilio es una especie de constante en la vida política, en la vida moral e intelectual de sus habitantes. Yo me alegro que me planté este tipo de temas aquí en México, porque cada vez que he venido a México he encontrado aquí una cantidad importante de exiliados argentinos, chilenos, uruguayos. Este es un tema, y más que un tema es una situación vital, que mucha gente está viviendo. Y para los propios mexicanos, como país huésped, debe ser uno de esos temas que se discuten cotidianamente, de una manera múltiple, y variada, en todos los sectores. Creo que es un tema que tiene una actualidad punzante y muy dramática, que por lo demás yo siento también con el mismo grado de intensidad en el país donde vivo, que es Francia. Allí también han recibido una cantidad considerable de exiliados latinoamericanos, en estos últimos años.

— Cuando se me pide hablar del exilio, yo comienzo siempre por hacer una aclaración muy importante, que es mi propia situación. En qué medida tengo derecho a hablar del exilio, cuando yo me fui de la Argentina hace treinta años. Algunos años después, algunos periódicos, algunos críticos literarios, por razones ya de tipo político, me trataban de exiliado, "el escritor exiliado...", cosa que me hacía sonreír, porque yo no me consideraba en absoluto un exiliado, y lo dije muchísimas veces. Para mí la noción de exilio es una idea siempre compulsiva; el exiliado es de alguna manera el hombre a quien lo echan de su país, o que se ve obligado a irse porque su libertad o su vida corren peligro. No era éste mi caso, yo me fui de la Argentina porque tuve ganas de vivir en Francia, y seguir yendo a mi país cada vez que me daba la gana. En promedio, cada dos años iba por unos cuantos meses. Comprenderás que en ese sentido yo no tenía porqué sentirme exiliado, ni aceptaba esa calificación. Lo que sucedió después es que, exactamente en el año 1973, lo que para mí no era un exilio, se convirtió, por la fuerza de los hechos, en un real y verdadero exilio. Nadie me echó, porque yo ya estaba fuera del país, pero me convertí en un exiliado porque comprendí que ya no podía volver, por razones concretas, muy tangibles. Sin duda me hubiera tocado, y es lo más probable, el destino de tantos amigos, tantos colegas, tantos compañeros, que estando en la Argentina, no pudieron salir a tiempo. O por razones de militancia política, no quisieron salir, y pagaron con la libertad y con la vida por ello.

2. "A mediados de 1973..."

JC: — Entonces a mediados del 73, me convertí en un exiliado, y hoy puedo hablar del tema en el mismo nivel que cualquiera de los que salieron en esa época, o después. La ventaja para mí — y eso importa también decirlo — es que yo tuve veinticinco años para adaptarme a lo que luego se convirtió en las condiciones del exilio. Yo tuve esa enorme ventaja, de haber

vivido sin problemas en un país extranjero, y por lo tanto el exilio es muy distinto para mí de lo que pueda ser para una familia chilena, un profesor argentino, un obrero uruguayo, que bruscamente se ven arrancados, desarraigados, ignorando en muchos casos el idioma del país al que les toca llegar, o al que están obligados a ir, que sufren ese traumatismo espantoso que suele significar el fin moral, y a veces intelectual, de muchos exiliados.

GS: — Cuando hablas de mediados del 73, estás hablando del momento de transición del gobierno de Cámpora al de Perón, aproximadamente, ¿no?

JC: — Exactamente. Puedo precisar las cosas. Yo estuve por última vez en la Argentina en febrero-marzo del 73, en el momento en que se llevaban a cabo las elecciones que ganó Héctor Cámpora. Yo venía de Chile, donde había estado para ver y acompañar a mis amigos de la Unidad Popular, en el momento en que también allí había elecciones, que fueron las últimas elecciones, de tipo legislativo, y ganadas por la UP. De ahí pasé a Argentina y asistí al triunfo de Cámpora. Yo llegaba a la Argentina en un momento que me pareció sumamente favorable. Comencé a hablar con mis amigos, y muchas veces con los hijos de mis amigos, que formaban parte de la juventud, el ala más avanzada del peronismo, y que tenía un proyecto no demasiado coherente, pero bastante avanzado, en el sentido de acompañar y rodear a Cámpora en su presidencia, hasta que se cumpliera el plazo fijado por un pacto realizado entre Cámpora y Perón, que como si brás consistía en que Cámpora gobernaría durante un año, al cabo del cual se definiría el regreso de Perón a la Argentina.

En esos momentos, yo encontré en Buenos Aires un clima muy favorable. Había una voluntad de trabajo, una voluntad de avanzar en el terreno político, de fijar eso que siempre ha faltado en la línea peronista, que era una ideología realmente precisa, científica, en el sentido político de la palabra. Había una serie de factores positivos, que a mí me parecieron que exigían el concurso y la colaboración de todos los que pudiéramos aportar algo. A tal punto que mi plan era quearme quince días, y me quedé dos meses, actuando lo más posible en grupos de discusión, conversando con mucha gente que son amigos tuyos también, y algunos de los cuales ahora viven en México, como Noé Jirrik. Sin hablar de Paco Urondo, de Rodolfo Walsh.

Al cabo de dos meses regresé a Europa, dejando a todos mis amigos la promesa formal de volver en el mes de septiembre, para hacer yo concretamente lo que a ellos les pareciera útil, ya fuera en el plano de la Universidad, ya fuera en un plano periodístico, cualquier cosa positiva, partiendo de la base de que el equipo de Cámpora ya estaría constituido, que su presidencia se estaría organizando y desarrollando normalmente, que por lo tanto se abría una nueva posibilidad, una nueva esperanza para la Argentina.

Como sabes, las cosas sucedieron al revés. Apenas me fui en abril, muy poco tiempo después se produjo el dramático retorno de Perón, los sucesos de Ezeiza, la matanza de Ezeiza. Se produjo el primer movimiento de desconcierto, y luego ese período tan confuso que yo soy el primero en no entender, y que todavía no tiene su historiador, a partir del cual sucedieron dos hechos muy dramáticos: por un lado la muerte de Perón, precedida del abandono por parte de un ala de la juventud peronista, su separación, su distanciamiento, y por el otro lado el ingreso siniestro de todo el equipo de López Rega, a partir de ese momento. Estoy haciendo un poco de historia, pero es que quiero explicarte mejor esto, el desencadenamiento de la violencia por parte de las bandas paramilitares, como el caso de las llamadas *Tres A*, o *Triple A*, y la pérdida to-

tal de garantías en el país, el comienzo de la escalada de terror que llevó finalmente al golpe de estado de Videla, poco tiempo más tarde.

3. "Difundir y denunciar al Régimen"

Así, lo que no había sido un exilio para mí, se convirtió en un verdadero exilio, y a partir de ese momento, yo entendí en Europa que lo único que me quedaba por hacer hasta que las cosas se aclararan y se mejoraran, era tratar de ser lo más útil posible en un doble plano: por un lado ocuparme del destino de los exiliados, tanto chilenos como argentinos y uruguayos, digamos los tres pueblos más próximos, más cercanos a mi actividad personal como escritor y como hombre; y por otro lado hacer todo lo posible, utilizando el hecho de que soy un escritor conocido y leído en Latinoamérica, para difundir y denunciar el régimen de Videla, y crear una corriente de opinión mundial, internacional, que pudiera ser útil eventualmente para los planes de la resistencia, de contrataque, y llegado el caso, de reconquista del poder.

Fue entonces en esa época en que trabajé mucho en el Tribunal Russell, una de cuyas tareas fue hacer un juicio moral a la dictadura argentina, y sentenciarla, como un gobierno que violaba los más elementales derechos humanos. Otra de las tareas, consistió en escribir lo más posible en periódicos de amplia difusión en España, en Francia, y en la medida de lo posible, en América Latina, a través de agencias noticiosas. Todo este trabajo yo lo hacía simultáneamente y en equipo, con muchísimos amigos y colegas exiliados, que ya habían llegado o estaban llegando a diferentes países del mundo; así es que fue una etapa de contrataque intelectual, y sobre todo un contrataque destinado a ilustrar la opinión pública internacional, que empezaba a tener una idea totalmente deformada de lo que sucedía en la Argentina. No te olvides (y eso no se sabe bien en la Argentina) que la total parodia y la total mascarada que había sido el período de López Rega, con su salvaje violencia en todos los planos, hizo que en Europa, por ejemplo, el golpe fuera considerado como muy positivo, y las embajadas argentinas se ocuparon, naturalmente, de presentarlo como un ejército austero y patriótico, que venía a frenar los desmanes de derecha e izquierda, y tratar de estabilizar el país, como se decía en París. Frente a eso, que era absolutamente una mentira, había que luchar mucho, y es lo que tratamos de hacer, y por ahí hay decenas y decenas de artículos y de textos y de entrevistas de radio y programas de televisión, en los que tanto mis amigos como yo, hicimos lo posible por borrar esa falsa imagen, y colocar en el espíritu de los franceses, de los alemanes, de los italianos, una idea más exacta y más precisa de lo que sucedía. Creo que en ese sentido tuvimos buen éxito, y que actualmente ya nadie puede pensar lo que se pensó en el momento del golpe de Videla.

Esto, que es ya un poco largo, me pareció un prólogo necesario para poder hablar del exilio como fenómeno.

4. "Ahora sí yo era un exiliado"

GS: — Está clara tu posición, y cuál es tu derecho para hablar del exilio. Lo que te define y ubica en mi opinión, no es sólo la imposibilidad de volver, sino la actitud de denuncia y la tozudez constante desde tu compromiso. Pero, ¿en qué medida ese cambio tuyo, entonces, influye y llega a tu trabajo como escritor, a tu obra, a lo que piensas y escribes?

JC: — La primera consecuencia que tuvo ese descubrimiento de que ahora sí, yo era (yo soy) un exiliado, fue ponerme un poco cara a cara conmigo mismo; obligarme a una autocrítica, a una autorreflexión sobre el hecho de ser un exiliado. En parte por mí mismo como individuo, y en parte por el hecho de estar en ese momento rodeado de una enorme cantidad de exiliados que se movían casi siempre en condiciones negativas, casi siempre nostálgicas. Pensé mucho en la verdadera naturaleza del exilio, y el resultado fue, entre otras cosas, que tuve la oportunidad de hablar de eso, discutirlo y ponerlo un poco así, frente a frente, de muchos compañeros que asistían como público a mesas redondas, conferencias, y en un seminario sobre el exilio, sobre problemas latinoamericanos del exilio, que se hizo en Francia hace tres años. Y el resultado de esa reflexión pudo quizá molestar y escandalizar a muchas personas, pero para mí gran alegría encontré apoyo, y encontré aprobación en la gente que yo particularmente más respeto, desde el punto de vista intelectual.

El resultado de esta reflexión consistió en decirse que en general el signo tradicional del exilio es negativo, desde la antigüedad. Los exiliados históricos son la gente que escribe libros, poemas, lamentándose de su exilio, quejándose por el exilio, soñando en el día en que volverán a su país. Eso lo encuentras ya en Ovidio, cuando no sé qué César lo desterró, o en Dante cuando estaba desterrado de Florencia. Es un llanto por estar fuera del país, es la desesperación por no poder volver, en definitiva, es una actitud negativa, hay una noción tradicional negativa del exilio. A mí se me ocurrió que frente a la coyuntura actual, particularmente en la Argentina, estábamos cometiendo una falta muy grave, e incurriendo en una irresponsabilidad política, si nos sometíamos a ese criterio tradicional del exilio, y lo tomábamos como pura negativa.

5. "Asumir el exilio como una condición lo más positiva posible"

JC: — Lo que yo traté de decir, y afortunadamente encontré enseguida apoyo en amigos y colegas, como el caso de Eduardo Galeano y otros que se me olvidan, fue que desde el momento en que la dictadura de Videla nos había echado a todos nosotros, era con la intención de demolerlos, de destruirnos moralmente, ya que no podía matarnos físicamente. Matarnos en el plano psicológico, con toda la tristeza y la desgracia del exilio entendido tradicionalmente. Entonces frente a eso, porqué aceptar la ley del juego del enemigo, porqué aceptar el exilio como lo que yo llamaba un *dívalor*, es decir un valor negativo, un contravalor. Porqué aceptarlo como negatividad, porqué no hacer un análisis profundo de las razones que nos llevaron al exilio, y eso implacablemente. Realmente tener el coraje de ver fría y descaradamente porqué perdimos batallas, porqué perdimos gobiernos, porqué no fuimos capaces de enfrentar ese avance progresivo de la negatividad en el terreno argentino, y después de haber hecho eso, asumir el exilio como una condición lo más positiva posible, no darle a la Junta el gusto de vernos demolidos, destruidos, agotados, acabados en el extranjero. Al contrario convertir el exilio. Yo jugué un poco con mi sentido del hu-

mor, y dije que había que considerar el exilio, cada vez que se pudiera, como si nos hubiéramos dado becas. Estar en el extranjero y hacer de eso una cosa positiva, un valor y no un disvalor. Tratar de utilizar a fondo las nuevas ópticas que nos darían los diferentes países donde estábamos, continuar nuestro trabajo enriqueciéndolo con esos aportes nuevos, y concentrar todas nuestras fuerzas en contra de lo que estaba sucediendo en la Argentina.

Esto creo que hay que dejarlo muy claro: yo sé muy bien el drama que significa el exilio para mucha gente. Una cosa es un caso como el mío, en que yo soy un exilado que no ha sufrido daños físicos, no sólo personalmente sino con respecto a mi familia, y otra cosa son los exilados que han salido del país dejando un montón de muertos queridos detrás de ellos, o gente que ha salido y después le han matado los seres queridos. Si esa gente se hunde, si esa gente no puede trabajar, si esa gente vegeta en el exilio, son infinitamente respetables, y no seré yo quien diga la menor palabra en contra de ellos. Pero en cambio está el caso de intelectuales, científicos, profesores, periodistas, que han llegado al exilio y después de un primer período de adaptación se han encontrado con toda su fuerza, y toda su capacidad de trabajo. Es a ellos a quienes yo les pedía y les insinuaba una especie de inversión general de la noción del exilio.

Bueno, me alegré de que esta actitud fuera recibida mucho más calurosamente de lo que yo creía. Yo tenía miedo, cuando esto se comenzó a publicar en algunos periódicos españoles, donde hay una cantidad inmensa de exilados, que comenzará a recibir un montón de comentarios o cartas diciéndome "usted no tiene derecho a hablar así cuando estamos aquí totalmente desechos y aplastados". Yo tenía mucho miedo de eso y lo hubiera comprendido muy bien, pero fue al contrario. Al año y medio de esa reunión en la que yo lancé esa idea en Francia, se hizo en Caracas y en Mérida (Venezuela), una Reunión Internacional sobre el exilio en América Latina, y ahí para mí gran alegría, antes de que yo mismo continuaré ese plan de ideas, esa visión positiva del exilio, me encontré con que muchos otros oradores también la sostenían, y no sólo los oradores, sino la gran mayoría de los exilados que estaban entre el público, aparte del público asistente, los estudiantes universitarios venezolanos, que habían comprendido ese problema perfectamente bien, y estaban dispuestos a apoyar y colaborar en ese plan.

6. "Dinamizar mis deseos de seguir escribiendo"

JC: — Creo que todo eso, te explicará un poco en lo que se refiere a mi propio trabajo de escritor, que el sentido de estar exilado no ha hecho más que dinamizar mis deseos de seguir escribiendo, ya sea una literatura de ficción absoluta, sin contenido político directo, o ya sea artículos o textos, cuentos o poemas, en donde la pasión política, la esperanza política, se manifieste a través de una vía literaria. Y me parece que cualquiera que conociera lo que yo escribo mejor que yo mismo (porque yo pierdo un poco lo que voy haciendo), se daría cuenta que en estos tres últimos años mi interés, mi deseo de multiplicar esas manifestaciones intelectuales, ha aumentado

mucho más que en los años precedentes. O sea que a mí se me ocurrió esa visión positiva del exilio, y la siento realizada en mí mismo. Mi deseo, mi esperanza, sería que ese proceso se diera en la gran mayoría, en la enorme mayoría de los exilados; y eso no quiere decir que yo me ponga como ejemplo, porque creo que es una actitud simultánea que se ha dado en muchas personas.

GS: — Yo estaba pensando en algo que Ariel Dorfman menciona a cada rato, y es la grave situación de exilio de aquella gente que no ha salido del país, y que está aislada dentro. Incomunicada, desinformada, deformada cultural y políticamente. Por ejemplo, ¿qué piensas cuando suceden cosas como las del último libro de cuentos *¿Alguien anda por ahí?* Según tengo entendido en la edición argentina le quitaron dos cuentos...

JC: — ¡No!, ¡no lo publicaron! Yo me negué a la publicación de esa manera. Lo publicaron completo en México, porque en la Argentina el precio de la publicación, la condición, era que yo suprimiera esos dos cuentos. Entonces el editor argentino, lo mandó a su filial mexicana, y aquí en México se editó completo. Es decir que es un libro que no se ha leído en la Argentina, no pudo salir allá.

GS: — Y otra vez, tu nuevo libro, se va a publicar en México y no podrá circular y ser leído en la Argentina...

JC: — En este caso, en este último libro, ya ni siquiera me molesté en mandarle los originales a mi editor argentino, para evitarle el mal rato de tener que decirme que no lo puede publicar.

7. "El pueblo argentino, dentro del país..."

GS: — ¿Qué te pasa, entonces, en esta situación, cuando tu público, el de tu país, que es para quien en una gran parte tú escribes, pierde el acceso a tu literatura?

JC: — Eso es lo peor, Guillermo, eso es lo peor, porque el estar exilado en el extranjero, yo como persona física y moral, es mi problema, es una cosa que me toca únicamente a mí. Pero este exilio físico no es nada al lado del sentimiento de lo que yo llamo *exilio cultural*, cuando todo el trabajo que pueden estar haciendo científicos o psicólogos exilados, todo el trabajo intelectual de poesía, de cine, de teatro, de novela y de cuento que pueden estar haciendo los intelectuales exilados en todas partes, no puede entrar a la Argentina, porque tropieza con la barrera de la censura, y la total imposibilidad de comunicación, de entrada. Ese tipo de exilio cultural, ése es el más duro, ése es el más difícil de superar, porque abre una segunda noción, y es que si nosotros *afuera* estamos exilados, de alguna manera el pueblo argentino *dentro* del país está mucho más exilado que nosotros, está viviendo un exilio interior, está separado de los aportes, de la contribución de una enorme cantidad de sus mejores trabajadores intelectuales y científicos. Y aquí no creo que se me pueda acusar de vanidad, porque cualquiera que haga una estadística y sepa el porcentaje de médicos, científicos, psicoanalistas, investigadores, hablo solamente de científicos que han tenido que salir de

la Argentina, y que es evidentemente lo mejor que había en esos campos. Agreguemos a eso los filósofos, agreguemos los artistas, los cineastas, agreguemos los pintores, y agreguemos a nosotros los intelectuales y los poetas, y te das cuenta que el pueblo argentino metido allá adentro está mucho más exilado que nosotros, totalmente aislado. Y contra ese exilio es que yo reclamo el exilio positivo nuestro, para tratar de hacer lo imaginable a fin de romper esa barrera, y un día poder volver a entrar, si no físicamente por lo menos poder entrar con nuestros productos culturales, y establecer nuevamente el contacto.

GS: — Y ese exilio interior, a su vez, también es doble, porque no sólo están aislados de los mismos exilados de afuera, sino también están aislados de todos aquellos que, sin ser exilados, en sus propios países, producen la cultura y la ciencia progresista que tampoco tiene acceso a la Argentina.

JC: — Claro, con el resultado espantoso de la mala información, de la información tendenciosa. Desde el momento que un porcentaje bastante importante del pueblo argentino, no tiene como información nada más que los canales controlados oficialmente de la radio, la televisión, los diarios, las noticias que reciben sobre las actividades de los exilados en el exterior, junto a muchas otras noticias de otro tipo, son siempre negativas. Nosotros somos los subversivos, nosotros somos los antipatrias, nosotros somos los que organizamos el descrédito argentino en el extranjero. Lo más terrible es que hay una buena parte de la población argentina que acepta esta situación, porque es la única información que tiene, y termina por dudar, por desconfiar de todos nosotros.

GS: — Cosa que creo en cierta medida justificada, ya que cuatro años de intensa presión por todos los medios de comunicación, hace que sean muy pocos los que puedan conservar la lucidez necesaria, la capacidad crítica, como para dudar de esa información que recibe, con que lo invaden, lo inundan.

JC: — Por supuesto es perfectamente perdonable. Yo no estoy acusando a un argentino de Córdoba, por ejemplo, o de la Patagonia, que se está haciendo una idea deformada de lo que sucede en el extranjero respecto a la Argentina. Para nada lo estoy acusando, lo comprendo perfectamente bien, porque cualquiera de nosotros en una situación equivalente podríamos caer en la misma trampa. Sólo una minoría informada, una minoría que recibe información clandestina, una minoría que por diversos conductos privados tiene noticias precisas de lo que sucede en el extranjero, puede darse cuenta de la realidad. Pero los demás..., cuando lees el tono de los editoriales y de los artículos de los grandes monstruos, como La Prensa y La Nación, te das cuenta cuál puede ser el horizonte mental que tiene el hombre de la calle, para usar esa expresión. Y además, creo que muchos de nosotros lo sabemos en un plano muy personal. Yo tengo testimonios que serán trágicos, si yo no lo tomara con toda indulgencia, que son como ver, por ejemplo, a miembros de mi propia familia en la Argentina que me consideran a mí una especie de demonio, dirigente de una situación antipatriótica, y que no me lo perdonan. Bueno, ese tipo de cosas que nace de esta situación infernal.